

ba animarme, aunque con poco entusiasmo; más bien con cierta frialdad, que me daba á entender que mi pobre amiga no quería infundirme esperanzas engañosas; y en seguida cambiaba de asunto, ó me obligaba á pasar á la sala para saludar á las señoras y á Don Pedro, que me demostraban cada día mayor aprecio.

Una noche, hablamos más de lo que solíamos del enojo de Remedios; y Felicia, menos animada que nunca, se limitaba á decirme que éramos los dos un par de muchachos, que había aún muchos años frente á nosotros, y que la mujer que una vez quiere, no puede olvidar jamás. Aseguraba que el tiempo la ablandaría, y que llegaría á comprender que mi falta valía poco; pero todo con tal frialdad, que sus palabras fueron para mí la señal de que ella, la esperanza misma, la fe viviente, no tenía ya ni un átomo de fe ni un rayo de esperanza.

Entonces vino á mi mente una idea, que me causó el dolor más profundo, pero que acogí con valor que parecía fiereza, como recurso extremo.

—No me queda ya más que un camino, dije, levantándome para retirarme; hacer un esfuerzo supremo, arrancarla de mi corazón, pensar en otra cosa y olvidarla.

—¡Olvidarla! repitió Felicia.

—Sí, dije yo, con voz ahogada, la olvidaré.

—¡Eso no! exclamó la joven, no la olvides, no dejes de quererla, Juanito; mira que es muy buena y que ha padecido mucho. Y si la olvidas, si no piensas más en ella... ¡te vas á volver malo!...

No respondí, incliné la cabeza, y salí del cuarto.

VIII.

La segunda parte.

MI inseparable amigo, mi admirador sincero y constante, el hombre en quien he visto mejor armonizadas las buenas intenciones y las malas obras, por falta de criterio propio; en una palabra, Sabás Carrasco, conocía en mi semblante las hondas penas que me devoraban en silencio, y en vano procuró mil veces arrancarme una confesión, que quizá trataba de obtener para buscar los medios de aliviar mi dolencia.

Pero una de tantas veces en que, sentados uno frente á otro, guardábamos silencio, interrumpido sólo por alguna pregunta de Sabás, que recibía siempre una respuesta breve y seca; una mañana en que sin oírle,

dejaba yo correr mi pensamiento por sus acostumbrados caminos, Carrasco, rápidamente, como quien atrapa de súbito un recuerdo interesante y oportuno.

—Oiga Ud., me gritó ¿y aquella muchacha sobrina de D. Mateo?

No pude reprimir un movimiento, que habría sido una revelación para cualquiera más listo que Sabás. Clavé en sus ojos la mirada, queriendo sondear el pensamiento de mi amigo y adivinar la intención de su pregunta; pero comprendí que era aquello una mera casualidad. Carrasco pensó que no recordaba yo ó que fingía no recordar, é insistió, sonriendo maliciosamente.

—Aquella Remedios, que era novia de Ud.

—Ya me acuerdo, contesté desazonado; pero no sé de ella.

Sabás se quedó pensativo y sonriente, como repasando en la memoria cosas pasadas, y después, levantando la cabeza, dijo, como resumen de sus reflexiones:

—¡Lo que son los tiempos! ¿no? ¡Tanto que quería Ud. á esa muchacha!

Luego se echó á reir, y añadió:

—¡Figúrese Ud. que se hubiera casado con ella! Ya estaría Ud. arrepentido; porque la pobrecita era guapa; pero al fin de pueblo, y sin educación.

—¡No sea Ud. tonto! exclamé yo con impaciente irritación, levantándome de mi asiento.

Sabás se quedó de una pieza, cortado y encogido, y cuando pudo reponerse, venciendo su natural timidez, quiso enmendar su torpeza.

—Dispéñeme Ud., dijo; creí que ya no la quería Ud. y por eso...

—¿Y quién dice lo contrario? le interrumpí con mayor irritación. No la quiero; por supuesto que no la quiero ya.

—Pues entonces...

—¡Basta, basta! Hablemos de otra cosa, dije exasperado, sin poder contener ni disimular mi mal humor.

Carrasco guardó silencio, y cayó en el mutismo embarazoso de quien queda corrido y avergonzado. Dí dos ó tres vueltas en el cuarto, con nerviosa inquietud, y al cabo tomé un periódico viejo que encontré sobre

una mesa, y púseme á recorer con la vista sus apretadas líneas, sin entender una palabra.

Sabás, después de permanecer inmóvil durante buen espacio, se atrevió á levantarse de la silla y anduvo con tácitos y cuidadosos pies, acercándose á la mesa opuesta, de donde á su vez tomó otro periódico. Buscaba, sin duda, asunto de qué hablarme para salir del embarazo en que por mis duras respuestas se encontraba; porque, tropezando, en el papel que había tomado, con algo que le trajo á la memoria el artículo de Claveque, dijo volviéndose hacia mí.

—No he visto hasta hora la segunda parte de *Las pieles*.

Hice un movimiento, como si hubiera tenido un susto repentino. Tal estaba mi cabeza, que no había vuelto á acordarme de tan importante negocio.

—¡Es verdad! exclamé.

—No se ha publicado, dijo Sabás; y yo he creído que eso se arregló.

—Cómo que se arregló? ¿Cómo había de arreglarse?

De cualquier modo, él no se metía en eso. Creía que estaría convenido no publicar la segunda parte, para terminar armoniosamente y no dar motivo á un disgusto muy serio. Yo protesté contra semejante suposición. Después de la escena pasada con Bueso, no había avenimiento posible, ni antes tampoco; yo no podía consentirlo, y dados el valor y la entereza de Claveque, su carácter tenaz y su atrevimiento, era absurdo pensar que hubiera cedido á súplicas, no que á amenazas.

Sabás, según costumbre, aprobaba cuanto iba yo diciendo; y yo alzaba la voz, y reforzaba los argumentos, más para convencerme á mí mismo que para persuadirle á él. Y bien lo había yo menester; pues desde que Sabás me hizo su primera observación, había yo sentido una inquietud que crecía por momentos, y que no había de poder calmar mientras no llegara Claveque.

Largo rato tardé en demostrar al convencido periodista que aquello del arreglo era un absurdo, y que sólo el recargo de material podía haber retardado la publicación de

la segunda parte prometida. Y bien que se publicaría ¡cómo no! ¿Qué nos importaban ni á Claveque ni á mí las iras de Don Mateo, ni las necedades de Bueso?... ¿Qué?... ¿Qué cosa?... ¡Con que eso decía Pepel! ¡Y qué tenía de inconveniente pintar á un hombre público para que no engañara con sus falsas grandezas á la sociedad? Verdad era cuanto el artículo decía; pura verdad, pues aun lo de las pretensiones de matrimonio eran un hecho, según afirmaba Claveque, que andaba por resolverse en los días en que la historieta se publicó. Verdad que Don Mateo era un farsante tonto, que había gastado la mitad de su fortuna en los periódicos, en Bueso, y en otros Buesos, para alcanzar el despacho de General de División. Verdad era todo, porque lo único falso allí era el mismo Cabezudo.

—Eso sí lo dice también Pepe, afirmó Sabás. Dice que el General es, como muchos otros, moneda falsa.

—Moneda falsa... repetí yo, recordando el título que tanto me había impresionado

días atrás. ¿Publicó Pepe un artículo con ese nombre?

¡Cómo! ¿Pues no le había yo leído? ¡Oh! un artículo como suyo, lleno de chispa y de gracia, que hacía reír á todo el mundo, y que reprodujeron dos periódicos importantes de la ciudad; sólo dos, porque ya los otros se iban alarmando con la general aceptación que Pepe alcanzaba. El me llevaría el periódico, por si el ejemplar que se nos remitía se hubiere perdido en el desorden de nuestra redacción; pero mientras tanto, recordaba algunas frases del artículo. Decía, entre otras cosas, ... decía... que hay personas que debieran estar clavadas en un mostrador; que hay ricos que llevan todo el capital untado en el cuerpo, para ocultar su piel de pobretes, como escritores que se envuelven en oropel de declamación vacía, para esconder el cobre vil de su ignorancia. Decía mucho más; pero Carrasco no quería repetir mal lo que Pepe había escrito con tanta sal y pimienta. Al concluir, el escritor había ofrecido un segundo artículo, claro,

muy claro, y ya no en castellano, para que todos pudieran entenderle.

Tal poder tenía el artículo de Pepe sobre mí, que pude olvidar por breves instantes la historieta pendiente. Sabás prosiguió en sus elogios, dedicando al autor del artículo los más grandes encomios; y la verdad es que los merecía, porque á mi pesar había yo comprendido también muchas veces, no sin vivos celos, que cuanto Pepe escribía, tenía el sabor agradable y extraño de la originalidad, con un dejo que yo no encontraba sino en sus escritos.

La charla interminable y entusiástica de Sabás fue poniéndome violento; tanto más cuanto que recaían frecuentemente sus alabanzas sobre el artículo que tanto me escocía. Tocaba ya con ello los términos de mi poca paciencia, y ya abría yo la boca para hacerle callar y desatar mi crítica acerada contra Pepe, contra aquel pedante vanidoso, que fingía tanta modestia, cuando vino á evitarlo Claveque, que entró en la redacción sofocado por el calor de la calle.

Apenas le dejé tiempo para respirar, y

le pregunté encarándome como él, por la segunda parte de *Las pieles*. No sé si por mi preocupación, creí notar en él un ligero movimiento de sorpresa, pero en seguida contestó.

¡Oh, la segunda parte! Estaba ya deslazada de la manera más graciosa, ofreciendo materia para escribir algo de mucho entretenimiento y agrado. Testón había concluido con las pieles, y quería atrapar las piedras preciosas de la princesa Kromalisa; por lo cual urgió á Buesuntol que se diera prisa en el asunto; pero como el astuto noble siguiera entreteniéndole y comiéndose las migajas que sobraban de la fortuna del bárbaro, éste creyó llegado el momento de atreverse, y procuró acercarse á la princesa. Llevaba la certidumbre de haberla cautivado con su renombre, sus glorias y su esplendidez, y en un discurso que Claveque sabía de memoria ó inventaba graciosamente, lleno de grotesca y ridícula vanidad; pidió su mano á la noble y hermosa viuda. La cual, no bien hubo terminado Testón, soltóse á reir con la más alegre risa, y contestó

al bárbaro invitándole para el matrimonio que de allí á cinco días iba á contraer con persona que, aunque de inferiores merecimientos, había aceptado desde mucho tiempo atrás.

La segunda parte me hizo reir tanto ó más que la primera; pero pronto me contuve para preguntar á Claveque cuándo pensaba escribirla. El periodista se turbó y yo lo noté.

—Pronto, le dije con agitación que nacía de mi desconfianza. Ha pasado mucho tiempo desde que la primera parte se publicó. Es preciso que la escriba Ud. ahora mismo, y que salga en el número de mañana.

—Hablaemos, me contestó Claveque con misterioso entono.

—No, señor; repliqué vivamente, y exasperándome. Hoy mismo queda listo eso; no hay que pensarlo.

—Hablaemos, repitió mi compañero; no se apure Ud.

—Es que no me gusta quedar en ridículo, dijo con exaltación; y ya esto da en qué pensar á los que no nos quieren. Escribirá

Ud. eso hoy, ó lo haré yo, si Ud. tiene miedo.

Claveque se echó reir con desenfado.

—Cálmese Ud. me contestó.—Si no fuera Ud. quien tal cosa me dice, habría motivo para un grave disgusto.

—Pues hable Ud. de una vez, dije enérgicamente; porque de lo contrario insistiré en lo que he dicho.

—Ud. lo quiere. La segunda parte no se escribirá, porque una joven hermosísima, buena y desdichada, á quien adora el mejor de mis amigos, me ha suplicado que no se escriba.

—¡Cómo...! exclamé yo, comprendiendo apenas lo que Claveque decía.

Me tomó él de una mano y yo me dejé conducir maquinalmente al extremo opuesto de la pieza. Acercó su boca á mi oído, y muy bajo deslizó estas palabras:

—Se llama Remedios.

Le agarré fuertemente por un brazo, y sacudiéndole con violencia,

—¿Quién se lo ha dicho á Ud? le pregunté agitado.

—Silencio, que nos oye Sabás, me dijo.

Solté el brazo de Claveque, y él retirándose de mí, y tomando la pedantezca entonación de galán de segundo orden cuando coge entre puertas al traidor de un drama de cocina

—Ahora, me dijo, escribiré la segunda parte cuando Ud. guste.

Sabás estaba estupefacto, y Claveque sonreía satisfecho.

IX

Explicaciones.

Y tuve que dar las gracias á Claveque por el interés manifiesto que en mi favor demostraba con semejante conducta.

Hablando con Bueso, después de lo que con éste pasó en la redacción, y con ocasión de las explicaciones satisfactorias que Claveque recibía, Bueso dió á entender que por añejos disgustos, conservaba yo al General Cabezudo rencorosa aversión. Nególo mi compañero, insistió el otro, y entre que sí y que no, Bueso dijo que yo había estado, y aun estaba sin duda, locamente enamorado de la sobrina de D. Mateo. El mismo General se lo había dicho al salir de la casa de Albar y Gómez, cuando ocurrió la vio-

lenta escena motivada por los elogios solicitados de *El Cuarto Poder*. Y lo dijo sólo por la extraordinaria ira que entonces le embargaba el juicio; porque después, en vano trató Bueso de hacerle hablar sobre aquel asunto. En aquella ocasión Don Mateo dijo que era yo un títere, que le aborrecía por que se había opuesto á mi matrimonio con Remedios y que cómo no había de oponerse, siendo yo un desgraciado que ni para cochero suyo podía servir!

Y Claveque, con una lógica precisa concluyó, que puesto que seguía yo aborreciendo de todo corazón á Don Mateo, era claro que de todo corazón seguía yo queriendo á su bella sobrina. Pensó desde luego que mi carácter arrebatado y violento me empujaba contra el tío sin reparar que así me alejaba yo de Remedios cada día más; y pensarlo, urdir un plan y ponerlo por obra fué cosa de un instante. Obligó á Bueso á que le llevara á casa de Cabezudo; quien como al cabo, no sabía lo de Testón, le habría de recibir bien.

Dicho y hecho. Llegaron; no estaba Don

Mateo; los recibió la sobrina; hablaron del periódico. Claveque se excusó con malos informes de personas elevadas que querían perjudicar al General, y entonces ella le rogó que no volviera á decir de su tío una sola palabra.

Escuché toda esta mentira pasando de una á otra emoción, de un sentimiento al opuesto; pero dominó al cabo un disgusto invencible, medio celoso y medio airado, por el hecho de que Remedios hubiera conversado con Claveque.

La segunda parte era tan verídica como la primera. Don Mateo había sido víctima del engaño más vil por parte de Bueso; pero tan listo era Bueso como Cabezudo crédulo y tonto; pues halló medio de explicar lo ocurrido al General, de modo que éste quedó aun más contento que convencido. Y la explicación era sencilla. Don Mateo tenía un enemigo poderoso, muy poderoso, que en él veía el rival más temible: un ministro. ¿Pues no contaban ya los periódicos, desde días atrás, que se *rumoraba* un cambio en el Ministerio de Guerra? ¿Pues no

había voces sueltas de que el nuevo ministro sería un General diputado, opulento y distinguido? Ese ministro era la causa de todo, porque la hermosa viuda tenía con él parentesco, y obedecía á su influencia. Ese ministro sabía que el matrimonio de Cabezudo con la viuda, le elevaba más aún, y le abría de par en par las puertas de la sociedad aristocrática, de suyo escrupulosa y nimia en esto de aceptar en su seno á personas sin abolengo ni blasones.

Don Mateo, escarmentado por una parte, y seguro por otra, de que para llegar á ser ministro (cosa que por sí solo se merecía), no le era indispensable un matrimonio ventajoso, desistía ya de toda idea semejante; pero la de casarse, que había alimentado con verdadero placer, que despertó en él ansias desconocidas, y le hizo entrever un mundo nuevo, quedó viva, tenaz, insistente.

Este era el epílogo de la historieta: Don Mateo, resuelto á casarse, necesitado á ello por una fuerza vigorosa que no podía resistir, se había dirigido á otra parte; á una muchacha humilde; pero guapa y muy joven,

que al decir de Bueso no le recibía mal. He allí por qué Cabezudo de una semana atrás gastaba mucha pomada en el pelo, cosmético, en el bigote y en el pañuelo los más delicados perfumes. Trataba á toda costa de quitarse algunos años de encima, ó de ocultarlos bajo una capa de unguentos olorosos. Vamos; que hasta había llegado á pintarse las canas, y pensaba formalmente si debía rizarse el pelo.

Todo esto no me importaba ya. Lo que sí me importaba era que Remedios había hablado con Claveque, así de cerca, y aun le había hecho una súplica, con su voz de paloma.

Y ese ruego ¿por qué? ¿por quién? Cuando se negaba á escuchar mis ruegos, rogaba en favor del hombre que había causado mi desdicha. Todo para él: para mí olvido y desprecio. El triunfo definitivo de Cabezudo se realizaba ya; Remedios era toda suya; Remedios le amaba entrañablemente; para él tenía gratitud, halagos y caricias; mientras yo era arrojado ignominiosamente de su corazón, y tal vez de su memoria.

Encendióse en el mío, como nunca, el odio al burdo cacique de San Martín; el deseo de dañarle, de hacerle descender con escándalo y estrépito de la altura en que se veía, me roía las entrañas; pero la súplica de Remedios, aunque por hecha á Claveque me inspiraba celosa desazón, contenía mi coraje y detenía la ejecución de los proyectos que en mi cerebro acalorado bullía.

Sólo un asunto, que tuve por gravísimo y trascendental, pudo hacer que mis pensamientos, convirtiéndose á otro punto, dieran á mi espíritu siquiera el descanso de la variación. La prensa alarmada lo decía diariamente; se discutía en los corrillos; se gritaba en las redacciones de los periódicos de oposición; y aun los amigos del Gobierno, como *El Lábaro* y *El Cuarto Poder*, decían algo, muy suave, cuidadoso é insípido, que diera á entender, que también ellos eran capaces de alarmarse.

El tal asunto era, que dos redactores, uno de *El Sinapismo* y otro de *La Via del Progreso*, habían sido reducidos á prisión, por sendas denuncias de artículos publicados en

esos días. Cualquier cosa; un juicio, sobre la conducta de tal personaje; una historia de faldas de tal otro, que era cierta y verdadera, y bien fea por cierto para el aludido.

¿Cómo callar ante la inicua restricción de las libertades públicas? ¿Cómo consentir en que la más cara, la libertad de la prensa fuese vulnerada tan honda é injustamente? No; *El Censor*, el más valiente y activo de todos los periódicos, debía ser el más enérgico en la defensa, y lo fué de fijo. Nadie como él llevó á la mayor altura el tono de la dignidad de la prensa ultrajada franqueza en dos de sus miembros; ninguno con igual llamó por su nombre á los atropellos, á los que los ordenaron y á los que fueron los ejecutores inmediatos.

Claveque me animaba con sus elogios, y admirando mi viril energía, me obligaba á duplicarla, sin temor, con verdadera audacia. Sabás se envaneció de tenerme por amigo; los periódicos de oposición me aplaudían furiosamente; los heridos me colmaban de alabanzas y reproducían mis artículos; y los ministeriales, puestos entre la

espada de sus granjerías y la pared del compañerismo en la prensa, defendían hoy con debilidad al Gobierno, y compadecían mañana con tibieza á sus estimables colegas que dormían en la prisión.

Solo Pepe Rojo, que me veía de tarde en tarde, y á quien yo procuraba encontrar lo menos que me era posible, ni aplaudía mi actitud, ni defendía á nadie. Alguna vez me dijo que no iba á visitarme con frecuencia porque estaba empeñado en aprender el castellano, y en recordar el Derecho para recibirse de abogado. Pero en medio de la lucha que yo sostenía en pro de la libertad de imprenta, y cuando habían pasado ya unas tres semanas de brega, Pepe se presentó en mi cuarto, y sin abandonar su manera especial de dar consejos, me dió á entender que hacía mal en exagerar tanto la defensa de los dos escritores, á quienes no era difícil que fuera yo á acompañar el día menos pensado.

El consejo oficioso, que además calificué de egoísta é indigno, apuró mi paciencia, que era ya muy escasa para con Pepe. Dile

alguna contestación violenta y dura; y como él insistiera, replicándome en tono casi serio, le dije redondamente que sobraban sus consejos cuando nadie los había menester.

El estudiante me miró con singular expresión, que no acierto á decir si fué de enojo ó de lástima; se puso serio, muy serio, y salió sin despedirse.

Cuando me ví solo, y consideré que por vez primera había yo arrostrado sin timidez ni abatimiento el semblante grave de mi antiguo compañero, sentí como que recobraba mi libertad, como que me quitaba un grave peso de encima, y me envaneí de mi triunfo.

X

Proyectos de Felicia.

BIEN entrado estaba ya el mes de Abril, y los dos periodistas aún no recobraban la libertad, no obstante haberse hecho en su favor cuanto era posible. Y no era esto lo peor; sino que habían ido á hacerles compañía dos más; el uno por exceso en la defensa, ó mejor dicho, por demasías en el ataque; pues había tratado de probar que aquella historia de faldas era cierta por los cuatro costados; el otro por asegurar que los cuantiosos bienes del opulento X. eran debidos á la venta de dé tales y cuales cosas que no estaban en el comercio de los hombres, según el Derecho Romano.

Con cada hecho de esta clase, mis bríos acrecían, y escribía yo largos y violentos artículos contra el Gobierno, mientras Claveque continuaba con sus historietas, tan saladas y picantes, que yo no comprendía como podía aun andar suelto por la ciudad.

Con mucha frecuencia escribía Claveque parrafillos misteriosos, que nada decían, pero que ofrecían mucho. Por ejemplo: «En cierta casa de la calle de Cocheras, ocurrió hace pocos días un escándalo, que se dice ocasionado por un personaje de consideración. Si nuestros informes se confirman, daremos pormenores con la franqueza que acostumbramos; pues estamos resueltos á cumplir con nuestro deber, aún en medio de los calamitosos tiempos que atraviesa el periodismo.» Otro «Se dice que un conocido jefe del ejército, yendo por el rumbo de San Lúcas..... Continuará en el número próximo.» Pero los informes no se confirmaban seguramente, porque Claveque no decía nada en los números siguientes de «El Censor». Si yo le pedía explicaciones, me las daba satisfactorias, y en seguida me

convidaba á comer y gastaba un dineral en agasajarme.

Pero mientras mi fama crecía y mi renombre de audáz y enérgico recorría la Nación, arrancando aplausos á los crédulos provincianos, que tanta fé prestaban entonces á cuanto la prensa de la capital les decía; mientras envanecido de mis triunfos, abandonaba yo *El Censor* en manos de Claveque, mi espíritu no descansaba, ni mis sentimientos hallaban punto de reposo.

Siempre Remedios, pálida y ojerosa, más bella que antes, se presentaba en mi imaginación, implacable, colérica, los labios entreabiertos para decir: «¡nunca!»

Algunas lluvias comenzaban á caer, mitigando el calor excesivo de la estación; y solía por las mañanas despertar la ciudad como perezosa y friolenta, cubierto el cielo de nubes, mojado el suelo por una lluvia sutil que traía á mi memoria las mañanas de Octubre de mi lejano pueblo.

En mañanas así, la fiebre de las luchas políticas no abrazaba mi sangre, el pueblo agreste surgía en mi pensamiento, be-

llo, encantador, pequeñito; como se ve la aldea lejana del valle desde la cumbre de la sierra.

Con San Martín venían mi madre, Remedios; sentía yo un instante brevísimo, la esperanza que allá me daba vida, exuberante, poderosa y fuerte, como la naturaleza misma de mis campos; y luego, con más cruel aguijón me hería la realidad: Remedios despreciándome ó aborreciéndome; negada toda esperanza; sólo en el mundo.

No, sólo no. Quédame para vivir, si no para amar la vida, un deber que llenar y una pobre niña á quien querer: Felicia. De todo cuanto había amado, era lo único que podía amar todavía. Quería ella ser el refugio de mi corazón, y mi corazón la buscaba cada vez que recibía una herida nueva ó que por sí mismo ahondaba las antiguas. Sería mi hermana, mi inseparable compañera en la amarga vida que había yo de arrastrar como cadena de presidio; y por buscar la felicidad para ella tal vez encontrara una satisfacción, ó algo de tranquilidad y olvido para mi alma.

Día hubo que empleara yo casi entero en pensar sólo en Felicia, como mi salvación y mi consuelo, al grado de forjar en mi imaginación, acariciando esta idea, un mundo nuevo para mí, lleno de satisfacciones tranquilas y dulces. Viviría yo con ella, y para no dar que decir á las gentes, amigas siempre de manchar á todo el mundo, hablaría yo á la Sra. de Llamas para tener en su casa una piececita cualquiera en cualquier lugar de su casa, y vivir cerca de la niña, presándole mis cuidados y recibiendo los suyos, como los cariñosos de una hermana.

Aquella misma noche iría yo, hablaría yo á la señora, y Felicia se pondría muy contenta. Mi primera satisfacción en la nueva vida, iba á ser verla brincar como un niño al saber mi determinación, y oír de su boca mil tonterías, que iban á salirle atropellándose, como pasaba siempre que se llenaba de alegría.

Saboreando estos desconocidos goces, y esperando con impaciencia que la noche llegara, pasé la tarde sentado cerca del balcón. Al fin llegó el momento de poner por obra

mis propósitos. Eran las ocho; tomé mi sombrero y me dirigí á la Calle del Amor de Dios.

La noche estaba casi oscura, porque las nubes que durante el día habían tenido encapotado el cielo, aglomeradas después al oriente ocultaban el disco de la luna, robando su luz. Caminaba yo pensativo y cabizbajo, sumido en mis pensamientos, y maquinalmente me dirigía á la casa de Felicia, sin saber por qué calles, cuando sentí que mi hombro tropezó con otro más robusto, que me echó de la acera al empedrado. Hecho á tales accidentes, que mi distracción ocasionaba, seguí mi camino adelante, sin hacer caso del transeunte; pero él me sacó de mi distracción lanzandome esta palabra:

—¡Bruto!

Me detuve y volví la cabeza. El también se había detenido quedando á unos veinte pasos de distancia.

—¡El bruto es Ud! contesté:

—¡Vaya Ud! replicó el hombre. ¡No le rompo yo la boca, canastol!

Un sacudimiento como de frío me hizo es-

tremecer al reconocer á Don Mateo. Permanecí en mi sitio sin contestar una palabra; y él, después de breves segundos, que me parecieron de vacilación, hizo con el brazo un movimiento despreciativo, volvió la ancha espalda y siguió andando.

Todavía permanecí en mi lugar, viendo cómo se alejaba andando pesadamente, embargado mi espíritu por la sorpresa, y sintiendo en el corazón la cólera que al recibir el empujón no tuve. Estaba yo frente á Santa Inés; cuando el General entraba en la calle de la Moneda, seguí mi camino lentamente, y volví á pensar en Felicia para olvidar á Don Mateo.

La joven salió á recibirme con alegría, me dió un fuerte abrazo, y empujándome por los hombros, me hizo entrar en su cuartito, siempre alifiaado, limpio y oloroso.

¡Ah, bribón! ¡con que dejaba yo pasar cuatro y cinco días sin ir á ver á la hermanita! ¿En qué se me iba el tiempo? Sí, sí, el periódico. Pues el tal periódico, á quien tanto había querido antes, le estaba inspirando celos; estaba celosa de remate, y si deseaba

yo que ella siguiera teniéndole cariño á ese papelucho, era preciso que no le diere yo todas mis atenciones, sino que dejara algo para ella, que las merecía más. Por supuesto que sí; muchísimo más. También estaba celosa de esos amigos que me ayudaban á redactar el periódico; porque me estaban mirando todo el día; mientras ella se fastidiaba esperando que á mi se me diera la gana de ir una noche á verla un rato. Eso era un crimen que no me perdonaba; pero, en fin, si yo prometía enmendarme, me perdonaría, puesto que tenía un corazón muy inclinado á perdonar.

Entonces sí que me deleitaba yo oyendo-la hablar de ese modo. Hacía tiempo que no sentía yo el corazón tan tranquilo, tan libre; y no parecía sino que la joven, sabedora de la sorpresa que yo le preparaba, quería obligarme á dársela pronto, y allanaba el camino con sus reproches llenos de gracioso artificio.

Entró en la pieza Doña Luisa, que raras veces lo hacía estando yo, y Felicia no continuó con su charla, como acostumbraba; si-

no que calló súbitamente, se quedó mirando á la buena señora, y aun creí notar que le hacía señas de que no hablase. La viuda de Llamas sonrió y me dijo:

—Señor Quiñones, hace ocho días que estoy exigiendo á Felicia que hable á Ud. de un asunto, y no lo hace. Mándele que se lo diga, y si no obedece, yo le pondré á Ud. al tanto de todo.

—Ya voy, mamacita, dijo Felicia, saltando al cuello de la señora y poniéndose colorada; ¿pero no ve Ud. que acaba de llegar? Ahora mismo se lo diré.

—¿De qué se trata? pregunté yo con curiosidad.

Iba á contestar doña Luisa; pero la joven le tapó la boca con una mano y gritó:

—No le diga Ud. nada; no le diga, que me da vergüenza.

—¿Ud. se lo dirá? preguntó la señora riendo.

—Sí, sí; contestó Felicia; pero vayase Ud. Vamos, vamos; déjeme Ud. en paz, señora mamá, que yo solita me atrevo á todo.

Y mientras lo decía, fué empujando sua-

vemente á doña Luisa hasta ponerla en el corredor.

Cuando volvió á entrar, estaba colorada como nunca y me miraba con singular timidez.

—¿Qué tienes qué decirme? le pregunté.

Colócase detrás del sillón en que estaba yo sentado, y poniendo sobre el respaldo los brazos cruzados,

—Te lo voy á decir, contestó con voz baja y como cantando; pero....

Volví la cabeza y traté de verla; pero ella escondió la cara y me gritó:

—¡No me mires!

—Habla, pues...

—Pero no me mires, ó no hablo.

—Me va á pedir algo, pensé yo gozando con su confusión.

Quedé otra vez de espaldas, mirando el sofá, y ella tomó de nuevo su primera posición y alisándome los cabellos, me dijo.

—¿Cuándo te recortas el pelo? Mira que está ya muy largo.

—Eso no te importa, le contesté. Habla, ó llamo á Doña Luisa.

—Hijito, si no sé cómo empezar, y luego se me salen las cosas de sopetón, y causan una impresión muy fea.

—Pues aunque sea de sopetón, repuse riendo.

—No, dijo con voz grave; no quiero que te asustes. Espérate; voy á pensar el principio. Esta mañana lo estuve repasando, y ya se me olvidó. Verás...verás...Ah! ¿No te ha ocurrido alguna vez que yo debo casarme?

Sin poder contenerme volví el rostro, sorprendido por aquellas palabras; pero ella, haciendo movimiento igual, escondió la cara y me puso la mano en los ojos.

—Vóltéate, gritó, ó salgo corriendo de aquí.

—Ya no te veo, dije con voz trémula, sintiendo dolorosa aflicción.

—¿No te enojas? preguntó ella con cariñoso acento, y jugando con mis cabellos.

—No, contesté. ¿Quieres casarte? ¿Quieres á alguno? ¿Te quiere á tí?

Y tuve que hacer un esfuerzo poderoso para que no se me saltaran las lágrimas, al

ver cómo me arrancaba la suerte el último refugio. La voz de Felicia, hasta entonces alegre y jovial como siempre, se puso temblorosa y grave al contestarme.

—Sí, quiero casarme; pero tengo miedo de hablarte de esto, porque se me figura que te enojas, y que luego te enojarás más. Mira, Juan; ya sabes que he sido siempre desdichada: mis padres se murieron cuando era yo muy pequeñita; quedé al lado de mi buen tío, que me quiso tanto, y él también se murió. Dios no me abandonó, y tú que eres tan bueno, tan generoso, me trajiste acá, me sirves de padre, de hermano, de todo...

Felicia lloraba al decir esto, y un sollozo la obligó á interrumpir su discurso. Quise volver la cabeza para hablarle; pero ella me la detuvo con ambas manos, y volvió á decirme:

—¡No te muevas!

Después se enjugó las lágrimas y continuó.

—Es una tontera que me ponga yo á llorar para decirte una cosa tan sencilla.

Hizo un mohín, como para echar de sí la emoción que la embargaba, y volviendo al tono resuelto que era en ella tan natural y gracioso,

—Pues sí, señor; dijo, me quiero casar; y esto es muy justo en una mujer ya grande como yo, que tengo diez y siete años. Tú te casarás tarde ó temprano, y yo no quiero quedarme para tía. Tengo ahora la ocasión y tal vez más tarde no se presente ¿No te enojas? Ya ves que pienso con juicio; esto no es una niñada. ¿Qué te parece?

—No me has dicho hasta ahora quién es el que has elegido, contesté, dominando mi emoción.

—¡Ah, es verdad! Pero..... El me eligió á mí, y la verdad..... la verdad que yo lo acepto. No es un muchacho..... por eso me parece mejor; porque es hombre formal. Los jóvenes se casan por locura..... Este señor lo ha pensado bien..... Me quiere mucho..... sí; me quiere, hijo. Es el favor más grande que me harás. Yo he pensado mucho, y estoy resuelta á casarme con él;